

## DIFERENCIA Y LIBERTAD

por JESÚS DE GARAY  
Rialp, Madrid, 1992,  
347 págs.

**R** Desde la introducción al autor es claro en su propósito: lo que se plantea es pensar, seriamente, la diferencia. Una sugerencia que, aunque tiene raíces heideggerianas, se puede remontar hasta Aristóteles en la discusión del principio de no contradicción planteada en el libro IV de la *Metafísica*.

Para llevar a cabo este cometido, el autor hace una revisión del pensamiento que hemos heredado de los griegos que se caracteriza por la preeminencia y casi exclusividad de la diferencia de la razón, que se refleja en el pensamiento científico que constituye la explicación por excelencia. La verdad es fundamentalmente la presencia de razones y sólo secundariamente la presencia sensible: "Somos griegos en tanto que seguimos creyendo que lo profundo –esto es lo más real, lo más verdadero, lo mejor– está en las razones" (p. 73).

La crítica del autor ante este primado de la razón se advierte desde los primeros capítulos. El principal reproche que le hace es el de haber ocultado la multiplicidad de la diferencia al admitir sólo la diferencia de la razón que es la que se establece entre algo y su porqué, entre el principio y lo principiado. Además, tal como se plantea esta diferencia de la razón, la diferencia sólo se entiende como negación, como no ser. Es la concepción monista del ser, que heredamos de Parménides, la que conduce al planteamiento del ser como único principio. El monismo parmenídeo sólo puede conducir al nihilismo, pues la diferencia con respecto al ser es la nada.

Pero, desgraciadamente este monismo no es exclusivo de Parménides. Toda filosofía que afirme el ser como principio se verá llevada necesariamente a entender la diferencia como negación y el principio no podrá sino ser un principio solitario. De este monismo se salva el Dios cristiano, porque incluye en sí la diferencia: es una Trinidad. Sin embargo, hay que reprochar a la tradición filosófica cristiana el haber hecho suya una tesis que, en realidad, le es ajena, porque la doctrina cristiana es fundamentalmente afirmación (cfr. p. 165).

La propuesta del autor es abandonar la diferencia de la razón, o la primacía de

ésta y caracterizar adecuadamente una diferencia que, por ser originaria, ha de ser trascendental. Caracterizar adecuadamente la diferencia significa superar la dificultad que plantea la concepción de un primer principio como puro ser. Si la diferencia es originaria, hay que pensarla de tal modo que pueda ser primera sin negarse a sí misma como principio; es necesario caracterizarla de tal manera que pueda ser llamada Dios (cfr. p. 180). La diferencia, para ser tal, tiene que ser anterior a la negación y, por esto, anterior a un principio exclusivo. La negación tiene grandes ventajas para explicar la diferencia, pues ninguna diferencia se escapa a su poder. Sin embargo, tiene también grandes insuficiencias, porque al homologar todas las diferencias destruye la diferencia misma: si todas las diferencias son las mismas, el no ser, en rigor no hay diferencia.

La solución para esta dificultad la encuentra el autor en lo que considera el gran aporte de la filosofía medieval: la libertad. Esta novedad que introduce el pensamiento medieval constituye una auténtica revolución, pero suscita, a la vez, dificultades que la filosofía medieval no consigue resolver.

La articulación entre la libertad y la necesidad —que es, en definitiva, la articulación entre la libertad y la razón— es un conflicto que se traspassa a la modernidad y que ésta resuelve concibiendo la necesidad como un efecto de la libertad y constituyendo al hombre como dominador del mundo.

Pero también el fracaso de la modernidad está a la vista. El poder de la libertad se ve directamente menoscabado por los resultados de una concepción absoluta de la libertad. Al poder de la libertad se enfrenta la misma naturaleza y el poder, bajo la forma de la violencia, de las demás libertades que no se dejan dominar. Y, en último término se enfrenta al poder de la libertad la necesidad de la muerte tan insistentemente recordada por Heidegger en *Sein und Zeit*.

Es necesario concebir la libertad en su relación con la diferencia. Y para esto hay que resucitar la ya vieja discusión entre el idealismo y el realismo, pues en ella se define esta cuestión de la diferencia. Simplificando mucho el asunto, se puede decir que la cuestión fundamental de esta pugna idealismo-realismo, es si existe y se puede afirmar algún otro principio aparte del yo. El realismo afirma que sí, pues el yo es la libertad y ésta no se manifiesta como un poder exclusivo. El realismo afirma la existencia de otros poderes diferentes del poder de mi libertad.

La diferencia originaria será, pues, la diferencia de *las* libertades. El principio es en su origen una pluralidad de principios, tal como afirmara Aristóteles. La respuesta es, pues, pensar la diferencia de la libertad como una diferencia entre el poder y su manifestación. Y dentro de las manifestaciones de la libertad la más radicalmente libre es el juego. El trabajo, que es también una expresión de la libertad como creación, está, de algún modo, sometido a la necesidad; es una respuesta ante la necesidad que nos impone la naturaleza. En cambio, el juego representa el más alto grado de la libertad y de la creación. En el juego se crea un mundo del

todo nuevo. La diferencia de la libertad es el juego, porque éste es lo que "divierte", término que tiene su origen en la palabra *divertere* que comparte su raíz con 'diverso' o 'diversidad'. Lo que separa finalmente del mundo de la necesidad (y de la razón) es el juego.

La obra es sumamente sugerente, porque consigue relativizar la razón considerada como el único modo válido de referirse a la realidad. Muestra de qué manera los sistemas filosóficos que tienen en común el primado de la razón, están, de algún modo, desgastados. La perspectiva del análisis de la diferencia le permite al autor plantear con agudeza la dificultad. Sin embargo, la solución que ofrece no es tan vigorosa. Enmarcada en la línea de filósofos como Deleuze, Lyotard y Derrida, tiene planteamientos originales, pero a los que hace falta una mayor profundización en las líneas maestras de su novedoso enfoque.

Patricia Moya